

dores como Lucas González y su decisiva implicación en la morfología del retablo barroco o el prestigio detentado por la obra escultórica de Gregorio Fernández, de la que el hermoso Crucificado de San Pedro de las Dueñas constituye un paradigmático exponente, amén de su más perfecta interpretación de un desnudo realista de filiación e impostación clasicistas.

En cualquier caso, este libro viene a poner, una vez más, de manifiesto cómo toda aproximación historiográfica al Barroco que pretenda ser concluyente y rigurosa, desde un posiciona-

miento científico, nunca podrá lograrlo sin tener en consideración las posibilidades heurísticas, metodológicas y analíticas que se infieren de otros tantos enfoques ligados a la vertiente histórica, social, literaria, sociológica, antropológica, religiosa y, por supuesto, artística de un contexto que rebasa con creces cualquier intento aislacionista o reduccionista que pretendiera 'clasificarlo' como una mera tendencia, corriente o estilo dentro de la Historia occidental. Y, no lo olvidemos, las fuentes no son sino la llave capaz de abrir tales puertas.

RAMÍREZ GONZÁLEZ, Sergio y LÓPEZ FLORES, Rafael Valentín: *El templete de la Virgen de los Dolores en Ronda. Arquitectura parlante y microcosmos popular*. Ronda, Editorial "La Serranía", 2008

Juan Antonio Sánchez López
Universidad de Málaga

Cada época es responsable del aspecto adquirido por las ciudades a lo largo de la Historia. En este sentido, cuando hablamos de 'ciudad' entendemos como tal una realidad orgánica que posee un 'tejido' propio, crece conforme a la generación y regeneración de sus 'células' y se desarrolla de modo semejante a un 'cuerpo'. Si en otros tiempos, el comportamiento de las ciudades vino marcado por la yuxtaposición, superpo-



sición, sincretismo, integración y simbiosis de elementos diversos, desde el siglo XIX un agente indeseado e indeseable se ha introducido, como si de un maléfico virus se tratara, en la estructura epitelial de las mismas. En efecto,

desde entonces hasta hoy, estamos demasiado –y además tristemente- familiarizados con conceptos y situaciones como los de agresión, destrucción, especulación, desidia o abandono que, por desgracia, marcan indefectiblemente su huella indeleble en los cascos históricos y los conjuntos protegidos.

Frente a tan desolador panorama, causante del desarraigo y la pérdida de identidad de un buen número de núcleos urbanos, Ronda aún conserva, por fortuna, un importantísimo acervo monumental que, merced a su inigualable fusión con el entorno paisajístico y el medio natural circundante, convierten cualquier paseo por sus cuevas, calles y plazas en un impresionante espectáculo, pleno de sensaciones y emociones, difícil de olvidar, en idénticas circunstancias, al transitar por otras ciudades.

Diversos factores contribuyen a explicar este hecho. De una parte, la imponente majestuosidad de sus inmuebles eclesiásticos que, desde la Real Colegiata de Santa María la Mayor a la parroquia del Espíritu Santo, al convento de San Francisco, a la parroquia de Santa Cecilia o el convento de Santo Domingo nos sitúa frente a construcciones que desafían literalmente las dificultades interpuestas por la abrupta geografía, para convertirse en auténticas fantasías arquitectónicas, mucho más cerca de la utopía, por la osadía de sus fábricas, que de su propia certeza monumental. Por otro lado, descubrimos la Ronda intimista de los conventos que lindan, pared con pared, con soberbios edificios palaciegos y señoriales, denotativos de un esplendor y un dorado *style of life* que todavía perdura en su idiosincrasia, de la mano de linajudos y aristocráticos blasones. Pero, Ronda no sería Ronda sin la Serranía que la acoge y hace posible

ese ‘milagro’ de la metamorfosis de la ciudad real en la ciudad soñada, tan proclive por esta causa a lo pintoresco, lo legendario, lo insólito y lo literario.

En este contexto, y al igual que todas las ciudades españolas de la Edad Moderna, Ronda fue configurándose desde 1485 hasta 1835 en una auténtica ‘ciudad sagrada’ o ‘ciudad-convento’. Su laberíntico casco histórico, gravitando en torno a la Sede Consistorial y la hermosa fábrica de Santa María, imponía un ordenamiento urbanístico determinado por la aglomeración de fundaciones religiosas, en connivencia con la proliferación de edificios particulares y otras construcciones civiles, no menos denotativas de un poder laico emergente, capitalizado por la poderosa y pujante Real Maestranza de Caballería. Al tiempo que sucedía todo esto, los simulacros sagrados iban apoderándose progresivamente del parcelario, consumando su absoluta integración en el espacio vital de la población civil. De esta manera, capillas callejeras, hornacinas, cruceros, retablos pintados, esculpidos o cerámicos, humilladeros, y capillas posas fueron convirtiéndose en unos ‘vecinos’ habituales que, lo mismo incitaban al respeto, que ponían orden frente a cualquier tipo de desmanes públicos o, simplemente, propiciaban un instante de recogimiento o inspiraban un sentido de protección y seguridad espiritual al transeúnte.

Qué duda cabe que el templete de los Dolores constituye un exponente paradigmático de ese proceso, al mismo tiempo, ‘paraurbanístico’ y ‘paralitúrgico’, por lo demás común a las poblaciones hispánicas de cierta relevancia de la Edad Moderna, y que perseguía recrear y materializar en el hábitat cotidiano el ideal de una Jerusalén

Celeste en la tierra bajo la apariencia, en nuestro caso, de Ronda. Esta construcción, de reducidas proporciones físicas, aunque de relativa complejidad conceptual e iconológica, no pasa, desde luego, inadvertida. Y no ya para el simple viajero, el turista o el mero curioso, sino para el espectador instruido y el especialista. Todos ellos, sin excepción, no pueden, cuanto menos, que sentirse seducidos por la extraña sugestión que se desprende de sus soportes antropomórficos y sus fascinantes y 'novelescos' componentes metahistóricos y aún 'pseudohistóricos', sin olvidar el simbolismo rezumante desde el componente iconológico, inherente a su excepcional condición de microcosmos.

Nadie mejor que Sergio Ramírez González y Rafael Valentín López Flores para hacernos partícipes de esa complejidad de lo aparentemente 'simple'. Ambos pertenecen a la más reciente promoción de jóvenes Doctores, salidos de las aulas del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Málaga. Aunque con inquietudes investigadoras diferentes, uno y otro comparan, no sólo su excelencia en la rigurosidad científica y la cohesión metodológica deseable en todo trabajo de naturaleza histórico-artística –por lo demás repetidamente evidenciadas por ambos en sus numerosas y excelentes publicaciones–, sino su profundo, y tantas veces demostrado, amor a la ciudad de Ronda.

Sin embargo, que nadie se confunda. Estamos en las antípodas del típico y tópico estudio localista, lógica secuela de ese provincianismo de erudito que tan nefasto se ha revelado, tantas veces, para la ponderación patrimonial

de las bellezas periféricas dispersas. En su calidad y condición de universitarios, los autores saben perfectamente que la puesta en valor de lo particular pasa, necesariamente y como *conditio sine qua non*, por la prevalencia de lo universal. Y es, justamente, la estricta observancia de esta premisa la que hace de este libro un estudio modélico para el análisis de los elementos singulares del monumento protagonista que merece la pena conocer, en pro de su difusión, preservación, conservación y disfrute por las generaciones venideras; aunque sin olvidar su naturaleza intrínseca como fenómeno surgido desde la mentalidad y el *modus vivendi* de la España de los Siglos de Oro.

Por tales razones, este libro constituye una obra de referencia ineludible para quien desee adentrarse en la génesis, evolución, sentido e interpretaciones de una tipología, tan característica del urbanismo español e hispanoamericano, como la capilla abierta. Además de reflexionar transversalmente sobre el particular, Ramírez González y López Flores afrontan un exhaustivo estudio sobre el soporte antropomórfico, su fortuna y proyección en la teoría y la tratadística y en la arquitectura culta y popular, al tiempo que desgranar el análisis constructivo, ornamental y estilístico del templete planteando sus relaciones con las fantasías indigenistas, las heterodoxias decorativas y la desbordante creatividad del Barroco hispánico. No olvidan tampoco dedicar los pertinentes capítulos a la presencia de la heráldica, su puesta en valor actual a raíz de su restauración y recuperación, así como a la revisión historiográfica que

ha deparado la fortuna crítica del monumento, desbaratando con valentía conclusiones peregrinas y 'leyendas urbanas' que han venido distorsionando su realidad funcional, ritual y simbólica.

Precisamente, en esta última cuestión centran los autores uno de los bloques nucleares del libro, que, con rotunda sinceridad, cabe considerar un soberbio ejercicio de disección, lectura y exégesis iconográfica. De su lectura se infiere la rotunda consideración del templete de los Dolores en calidad de auténtico *ciborium* callejero, y, como tal, configurado, espacial y conceptualmente, a imagen y semejanza de un insólito microcosmos sacramental, que, desde la óptica del Franciscanismo, se vertebraba en torno a los temas capitales que, desde milenios, justifican el sacrificio eucarístico como una revalidación constante de las promesas de la salvación y la vida eterna. Así, junto a la inclusión de los personajes capitales de la devoción y la mística sacramental seráfica –capitalizada en las pechinas por los santos Buenaventura, Antonio de Padua y Pascual Bailón– y del arcángel *psicopompos* San Miguel que gravitan en torno a la figura de la Virgen María –primer 'tabernáculo' del Cristo *Sol Salutis* y *Sol Iustitiae*–, los autores profundizan en el desarrollo adquirido dentro del programa por la escatología cristiana. Y, más

exactamente, por la *psicostasis* sugerida por las imágenes del alma –aquí representadas bajo el aspecto de los seres volátiles, equivocadamente identificados como los 'ajusticiados'– y las de Adán y Eva en torno al Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Ni siquiera se encuentran ausentes del ciclo las casi 'omnipresentes' referencias salomónicas que, a través del orden y la presencia de los querubines, permiten intuir la entusiasta acogida que los asuntos cultos suscitaban en la época desde cualquier segmento de la población; aunque, eso sí, pertinentemente 'domesticados' y 'traducidos' al gusto y sentir popular.

Son muchos los alicientes que nos brindan Ramírez González y López Flores en *El templete de la Virgen de los Dolores en Ronda. Arquitectura parlante y microcosmos popular*, cuya cuidada edición por parte de la joven editorial rondeña "La Serranía" corrobora la sensibilidad que la salvaguarda del patrimonio debe suscitar desde todos los ámbitos y agentes culturales. En cualquier caso, nos queda meridianamente claro que la lectura de sus páginas nos permite comprobar cómo hoy, en pleno siglo XXI y en la era virtual y de las plataformas internaútics, ese sustrato antropológico que nos embarga todavía sigue favoreciendo la indistinción y las 'interferencias' entre lo visible y lo invisible.